

E  
922  
F

Bx4700  
.F85  
C8  
CJ-2



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEON



Faint text, possibly a library or archival mark, located below the stamp on the left page.

VIDA  
DE  
SAN FRANCISCO DE SALES,  
OBISPO  
Y PRÍNCIPE DE GINEBRA.

LIBRO QUINTO.

San Francisco de Sales funda la Orden de la Visitacion.

CAPITULO I.

Origen de la Orden de la Visitacion.

(Año 1610.)

**P**ARA conocer bien el origen de esta órden, una de las mas puras glorias del Santo cuya vida escribimos, es necesario tomar las cosas de mas lejos.

Hacia largo tiempo que el corazon tan compasivo de Francisco de Sales sufría con el dolor de las personas cristianas, que suspirando por la vida religiosa, la separacion del mundo y sus peligros, no podian realizar su piadoso deseo, porque ya por debilidad de temperamento, ya por edad demasiado avanzada, ya por último por tener un temple de alma bueno sin duda, pero poco enérgico, no podian acomodarse al régimen austero de las comunidades que existian entonces. Habia en efecto, en esta época muchos asilos abiertos á los pecadores penitentes, á los cenobitas y solitarios, á las almas fuertes, á las que el espíritu de humildad y de mortificacion atraía á la práctica de las austeridades corporales; pero no los habia para las personas del sexo femenino que, en una edad ma-

dura, en el estado de viudez ó con una salud débil, hubieran querido separarse del mundo, consagrarse á Dios y vivir en la obediencia.

Para llenar este vacío, el santo Obispo deseaba, no una orden en que se comprometieran con votos, porque pensaba que habia bastantes en la Iglesia sin crear otras nuevas, sino una congregacion de mujeres piadosas, tanto doncellas como viudas, en la cual, en vez de los sentidos, el espíritu y el corazon sufrieran una mortificacion al alcance de todos; en la que los defectos se reformaran y las virtudes se adquirieran, mas por el atractivo del amor que por el rigor de la penitencia; donde se entregaran mas al recogimiento interior que á la multitud de las oraciones, mas á la desapropiacion que á la pobreza, mas á la caridad que á la soledad, más á la obediencia que á las observancias penosas; donde, en fin, la santidad, tanto mas sólida cuanto que sería mas interior, no se manifestara al exterior sino por la dulzura, la condescendencia, la afabilidad, la sencillez, virtudes todas sin brillo á los ojos de los hombres, pero bellas á los de Dios y sus ángeles. Allí podrian ser recibidas las enfermas de todas clases, aun las ciegas, las contrahechas ó de avanzada edad, esceptuando solo las que estuviesen atacadas de algun mal contagioso, ó aquellas á quienes sus enfermedades impidiesen seguir la regla y los ejercicios ordinarios de la comunidad (1). «Si el Salvador ha muerto por todos, decia este caritativo pastor, el alma de las que estan afligidas con alguna enfermedad ó deformidad le es tan amada como la de las robustas y jóvenes; y así, ¿por qué cerrarles las puertas de la religion, é impedirles seguir la inspiracion de Dios, si las llama á la perfeccion religiosa? El estado religioso es el banquete nupcial del celestial esposo, que quiere se introduzca en él á los enfermos, á los cojos y á los ciegos.»

Estos eran los santos pensamientos que preocupaban

(1) Juan de San Francisco, p. 294 y sig.

al piadoso Obispo, sobre todo desde que el cielo le habia revelado el designio de fundar por su medio una nueva orden, y le habia proporcionado en Dijon el conocimiento de la señora de Chantal, que habia de secundarle en esta bella obra. Aunque separado de esta alma generosa, no cesaba de prepararla á los grandes designios que Dios tenia sobre ella, y de ayudarla con sus consejos en la senda de la perfeccion, por donde caminaba con un valor extraordinario. A su vuelta de Dijon, le dirigió una carta en que le decia (1): «Ruego á nuestro buen Dios dirija á feliz término el deseo que ha puesto en vos de la perfeccion cristiana, y que debeis amar y alimentar tiernamente en vuestro corazon, como la obra del Espíritu Santo y como una centella de su divino fuego..... Este deseo y el amor á vuestra viudez, son las dos columnas en que debe apoyarse el edificio de vuestra felicidad; conservadlo por lo tanto con cuidado. Manteneos con frecuencia en la presencia de Dios, con una santa libertad de espíritu, con una gran confianza en su misericordia, sin escrúpulo, sin ardor y sin inquietud, é introducid vuestro corazon dulcemente y no á fuerza de trabajo en las llagas de Nuestro Señor.»

Esta carta llenó de alegría á la Señora de Chantal, y aumentó aún mas el violento deseo que la impulsaba á colocarse enteramente bajo la direccion del Obispo de Ginebra; pero este mismo deseo, combatido por el compromiso que habia contraido de no dejar á su primer director, fué para ella un martirio. Atraída por un lado, porque creia era la voluntad de Dios, cuya voluntad era el único objeto de su amor, el mayor de todos los bienes á sus ojos; contenida del otro por el temor de apartarse de ella engañándose, no sabia qué partido tomar. «Estas palabras, voluntad de Dios, dice ella, eran como una chispa que inflamaba mi alma,» hasta tal extremo, que una vez la duda sobre lo que pedia de ella la voluntad divina, la tuvo

(1) Carta LVII.

durante treinta y seis horas en un tormento indecible, que no la permitió ni dormir ni comer.

En su ansiedad consultó al Padre de Villars, rector de los jesuitas en Dijon, hombre cuya ciencia igualaba á su piedad, el cual le aseguró que Dios queria se entregara á la direccion del Obispo de Ginebra, y que este verdadero siervo de Dios era el guia bajo cuya direccion la Providencia la destinaba á hacer grandes cosas. Esta decision la consoló como si la hubieran quitado una montaña de su corazon, y esperimentó una paz grande, acompañada de una seguridad perfecta de que era conforme al órden de la Providencia.

Habiendo vuelto su primer director, despues de una larga ausencia, no desaprobó que hubiera recurrido al Obispo de Ginebra y que le escribiera algunas veces; pero con la condicion de continuar siempre, como antes, bajo su direccion personal (1). Esta condicion la volvió á sumir en una afflictiva perplejidad, tanto mayor cuanto que un religioso capuchino, despues de haber orado y consultado mucho al Señor, le dió por este tiempo una decision enteramente contraria, asegurándola que la voluntad de Dios era que se colocase bajo la direccion del santo Obispo. Confió su pena á su director; y este, por toda respuesta, la obligó á renovar el voto que habia hecho de permanecer bajo su direccion. Obedeció, pero informó de ello al punto á Francisco, á lo cual el hombre de Dios le contestó con su prudencia acostumbrada, que era de parecer que no se debía tener mas que un director, pero que la unidad de director no impedia que se tuviera confianza en otro y se tomaran sus consejos. «Obedeced á vuestro director filial y libremente, le escribe, y servíos de mí caritativa y francamente.» Estaba muy lejos de desear la direccion de esta alma escogida, y antes de resolver nada, quiso tomar tiempo para reflexionar y consultar á Dios en la oracion. Tantas dilaciones reprodujeron

(1) Carta LVIII.

en el alma de la Señora de Chantal todas sus anteriores turbaciones. Se descubrió por segunda vez al Padre Villars, que la declaró con firmeza y autoridad que, si no se entregaba totalmente á la direccion del Obispo de Ginebra, resistia al Espíritu Santo. Al punto trasmitió este parecer al santo prelado, presentándosele como un oráculo del cielo, y este le contestó se dirigiese el 24 de agosto á San Claudio, á donde debía acompañar á su madre, que habia hecho voto de ir en peregrinacion; y allí, despues de haber conferenciado con ella, le daria una solucion definitiva.

La Baronesa no faltó á la cita, y tuvo la dicha de conocer á la Señora de Boissy, á la cual la unió la virtud con una celestial amistad; pero aún mas feliz se consideró con poder comunicarse con el santo Obispo y recibir sus consejos. Le contó con claridad, sencillez y candor lo que habia pasado por ella; y el prudente prelado, despues de haberla escuchado atentamente sin darla ninguna resolusion, se retiró para reflexionar sobre ello. Pasó toda la noche en oracion, y al dia siguiente por la mañana fué á buscarla. «Señora, le dijo, he trabajado toda la noche en vuestro negocio, y creo que es la voluntad de Dios que me encargue de vuestra direccion espiritual.» Despues de estas palabras permaneció algunos instantes en silencio, y levantando luego los ojos al cielo: «Es preciso al fin que os lo declare, añadió, porque tal es la voluntad de Dios: el voto que os han hecho hacer no puede quitaros la paz de la conciencia; si he tardado tanto en daros una solucion, es porque deseaba conocer bien la voluntad de Dios, y que su mano sola hiciera este negocio.» Y diciendo estas palabras, nota la Santa Madre de Chantal, estaba profundamente recogido, hablaba con una moderacion reflexiva, y con tanta lentitud que parecía estar en un raptó. Recibió luego la confesion general de su nueva penitente, y le dió sus consejos para la vida perfecta en que queria formarla. «Así que os despertéis, le dice, arrojad vuestra alma toda en manos de Dios con algunos santos pensamientos; que

»el paso de la noche al dia os haga pensar en el paso del  
 »tiempo á la eternidad, donde veremos toda luz en la luz  
 »de Dios. Empezad luego el dia con la meditacion y la  
 »santa Misa, aplicándoos á estos dos ejercicios con gran  
 »devocion, pero sobre todo con gran libertad y segun la  
 »inspiracion de la gracia, sin sujetaros á un modo de ora-  
 »cion forzado y violento. Despues de la Comunion, con-  
 »templad á Nuestro Señor sentado en el trono de vuestro  
 »corazon, y presentadle vuestros sentidos y potencias para  
 »oir sus órdenes y prometerle fidelidad. Durante el dia  
 »haced con frecuencia oraciones jaculatorias, y mas espe-  
 »cialmente cuando dé las horas el reloj. Cada dia de la se-  
 »mana, entrad y permaneced con amor en una de las lla-  
 »gas del Salvador; mas si faltais á alguna cosa de las que  
 »os he indicado, no tengais escrúpulo de ello.»

La Señora de Chantal, despues de estos sabios conse-  
 jos, que hicieron brillar en su alma como un nuevo dia,  
 le manifestó el deseo que habia tenido á menudo de ser  
 religiosa; pero, enemigo de toda determinacion precipita-  
 da, Francisco la recomendó no pensase por entonces mas  
 que en santificarse por medió de una devocion dulce há-  
 cia Dios, caritativa con el prójimo, atenta á no importu-  
 nar ni incomodar á nadie; ¡hermosa idea de la verdadera  
 virtud, que nos esplica una reprension que dió á la Se-  
 ñora de Chantal!

Esta Señora se levantaba muy temprano para hacer su  
 meditacion, y obligaba á su doncella á que se levantara  
 tambien, para llevarla la luz y ayudarla á vestirse. El  
 Obispo lo supo, y la corrigió, diciéndola que, si queria ir  
 á buscar á Dios en la oracion, debia levantarse sola para  
 encontrarlo mejor, sin dar un trabajo inútil á la que la  
 servia.

Despues de haber permanecido dos dias en San Clau-  
 dio, Francisco volvió á Ancecy y la Baronesa de Chantal  
 tomó el camino de Dijon, á donde llegó toda encantada  
 con la gracia de tan feliz entrevista, y muy contenta por  
 haber conocido á la Señora de Boissy, que la rogó fuera á

verla al castillo de Sales. Al dia siguiente de su llegada,  
 fué á dar gracias á la Santísima Virgen en la iglesia de  
 Nuestra Señora de l'Etang, donde, bajo la proteccion de  
 la Madre de Dios, hizo voto de perpétua castidad y de  
 obediencia al Obispo de Ginebra. De vuelta á su casa es-  
 cribió la fórmula de este voto, y se lo envió con su firma á  
 su nuevo guia, informándole de las tentaciones que la im-  
 portunaban, tanto contra la eleccion que acababa de ha-  
 cer de su director, como contra la fe, y pidiéndole reglas  
 de conducta relativas á su posicion. El santo Obispo, para  
 tranquilizarla, la contestó (1): «Que veia en la eleccion  
 »que habia hecho de él todas las señales de la voluntad de  
 »Dios, y que la inspiracion dulce, violenta y constante que  
 »la habia conducido á él, la madurez de juicio con que él  
 »mismo habia examinado todo ántes de consentir en ello,  
 »el parecer del Padre Villars y las oraciones continuadas  
 »durante varios meses para obtener la luz del cielo, eran  
 »otras tantas pruebas manifiestas. No disputeis en este  
 »punto con el enemigo, le escribia, sino decidle animosa-  
 »mente que Dios es el que lo ha querido y el que lo ha  
 »hecho.» De esta primera dificultad el santo director pasa  
 á la segunda, relativa á las tentaciones contra la fe. «No  
 »se debe disputar ni poco ni mucho contra la tentacion,  
 »sino hacer lo que los hijos de Israel hacian con los hue-  
 »sos del cordero pascual, que no intentaban siquiera rom-  
 »perlos, sino que los arrojaban al fuego; y no se debe tam-  
 »poco contestar, ni parecer que se oye lo que dice el  
 »enemigo. Por mucho que ladre á la puerta, no se debe  
 »decir siquiera ¿quién está ahí? sino procurar distraerse  
 »con piadosos afectos, á menos que no se prefiera arrojar-  
 »se con fuerza contra él, lanzando este grito de guerra:  
 »¡Léjos de aquí, Satanás! Está escrito: No tentarás al Se-  
 »ñor tu Dios; Eva, queriendo disputar contigo, se perdió;  
 »yo no la imitaré. Y luego pensad en otra cosa. Como al  
 »demonio, añade Francisco, no le agrada que se mortifi-

(1) Carta LIX.

»que á la carne su cómplice, cincuenta ó sesenta golpes  
 »de disciplina serian muy útiles para ponerlo en fuga.  
 »Acordaos por lo demás de aquellas palabras de la Escri-  
 »tura: Bienaventurado el que sufre la tentacion, pues  
 »cuando el enemigo grita fuera, es señal de que no está  
 »dentro.»

En fin, como hábil maestro de la vida espiritual, termina su carta con las reglas de conducta que le habia pedido, y señalándole el tiempo y el modo de hacer todos sus ejercicios de piedad; aprueba el ayuno del viernes y la disciplina dos veces á la semana; le da consejos para la educacion de sus hijos, para su propia conducta con su padre y su suegro; le recomienda se mantenga en una *disposicion dulcemente flexible* en todos los acontecimientos; con un carácter siempre igual, nunca inconstante, ni forzado, ni violento; con un corazon libre, desprendido de toda inclinacion aun á los consuelos y á los ejercicios espirituales; esclavo solo de la voluntad de Dios, y dispuesto á seguirla en paz así que la conozca, á toda costa. «Se debe hacer todo por amor y nada por fuerza; amar mas la obediencia que temer la desobediencia. Os dejo la libertad de espíritu, y quiero que, si ocurre alguna ocasion justa y caritativa de dejar vuestros ejercicios, sea esto para vos como una obediencia, y que esta falta la supla el amor.» (1)

La Baronesa recibió estos consejos como oráculos bajados del cielo, y se aplicó á ponerlos en práctica con un ardor desmedido, tanto que no haciendo nada con la perfeccion que deseaba, se afligia por sus imperfecciones, sus tibiezas y sus sequedades; se atormentaba con ardientes deseos de obrar mejor, y era verdaderamente desgraciada. Informado Francisco de su estado, le escribe al punto para consolarla. «Seguid dulcemente vuestro camino, le dice (2), porque es bueno. No importa que haya

(1) Memorias de la Madre Chaugy.

(2) Carta LXXI.

»muchas sequedades y esterilidades, con tal que amemos  
 »á Dios. No le será menos agradable vuestra buena voluntad, porque no vaya acompañada del sentimiento. Si quiere que le sirvamos entre las esterilidades, angustias y tentaciones, sirvámosle como Él lo desea; llegará un día que hará lo que queramos, y mas de lo que pudiéramos querer. Sabe bien lo que hace, y todo lo hace para nuestro bien. El dió á escoger á David el castigo que habia merecido su pecado; pero yo no hubiera escogido, sino que le hubiera dejado obrar. Cuanto mas de Dios es una cruz tanto mas debemos amarla. No desapruuebo sin embargo que os quejeis á Nuestro Señor, si es con humildad, amor, y sin desolacion ni ardor, como hacen los niños pequenitos á sus madres.»

A pesar de unas cartas tan á propósito para consolarla, la Señora de Chantal experimentaba siempre penas interiores, que eran para ella como un martirio que debilitaba su salud y sus fuerzas. «En el momento, le escribe, en que voy á alcanzar la paz, sobreviene un nuevo combate; se apodera de mí una nueva pena, y esclamo: ¡Mi alma está triste hasta la muerte! Yo digo algunas veces: Que pase este cáliz; pero así que lo he dicho me reprendo por mi cobardía, siento un gran deseo de beberlo hasta la última gota, y vuelvo á decir á Nuestro Señor: Dios mio, hacedme esta gracia, que no pase este cáliz sin que lo haya bebido.» (1)

Conmovido, pero no sorprendido con sentimientos tan generosos, el santo Obispo le escribe (2): «Alabo á Dios por vuestra constancia en llevar la cruz, en servir á Dios sin gusto, sin sentimiento y aun con repugnancia, pero que vuestra paciencia no esté mezclada de inquietud y de ansiedad..... ¿Qué importa que caminemos por desiertos ó por risueñas campiñas, con tal que Dios esté con nosotros y que vayamos al paraiso? Jesucristo, aban-

(1) De Cambis, t. I, p. 534.—Memorias de la Madre Chaugy, p. 58.

(2) Carta LXXII.

»donado y triste en el huerto de las Olivas, pide consuelo á su Padre, no lo obtiene, y no pensando mas en ello no lo procura, y ejecuta amistosamente la obra de la redencion. Haced lo mismo y someteos enteramente á la voluntad de Dios, á quien nunca se le sirve mejor que cuando se le sirve como quiere. Este servicio no nos agrada, pero á Él le contenta; no es de nuestro gusto, pero lo es del suyo. Cuando no penseis en veros libre, Dios pensará en ello; cuando no tengais empeño, Dios os socorrerá..... Permite las tentaciones á fin de que, por el desprecio que hagamos de ellas, podamos manifestar nuestro afecto á las cosas divinas. Mas no debeis inquietaros por eso; el diablo da vueltas alrededor de vuestro corazon; dejadle que se enfurezca, que como tengais las puertas bien cerradas él se cansará al fin, y si no se cansa, Dios le hará levantar el sitio. Mientras la tentacion os desagrada, no hay nada que temer, porque no desagrada sino porque no la quereis.»

Estas buenas palabras no tranquilizaron aún á la Señora de Chantal, la cual deseaba ir á Saboya, para abrir toda su alma al guia ilustrado que le habia dado el cielo, y recibir sus consejos, de los que esperaba mucho fruto. Francisco consintió en ello, y la citó en el castillo de Sales para el sábado despues de la Ascension. Llegado el dia indicado, hizo con él una confesion general, le dió una cuenta exacta de toda su vida, y mientras la oia, el santo director recibió tantas luces divinas en su espíritu, tan grandes sentimientos de Dios en su corazon, que se sintió inundado de gozo. «Y bien, le dijo, estais decidida á servir á Jesucristo?—Oh, sí lo estoy, le contestó.—¿Os consagrareis toda al puro amor de Dios?—Toda entera, contestó, para que me consuma y trasformé en él.—¿Os consagrareis á él sin reserva?—Sí, sin reserva me consagro á él.—¿Despreciais verdaderamente al mundo y sus vanidades, para tener á Jesucristo y su gracia?—Lo desprecio con toda mi alma, me causa horror.—¿En fin, no quereis mas que á Dios?—Sí, solo quiero

»á él en el tiempo y en la eternidad.—¡Ah! replicó entonces Francisco, he tenido grandes pensamientos sobre vos en las tres horas que han precedido á vuestra llegada aquí. Dios me ha comunicado hace algunos años alguna cosa sobre vuestro porvenir, pero no quiero deciroslo hasta dentro de un año.—¡Pero, Padre mio, le dijo sin preguntarle sobre esto, no me arrancareis al mundo y á mí misma! ¡Tengo tan grandes deseos de estar libre de todo obstáculo en el servicio de Dios!—Sí, le contestó, algun dia lo dejareis todo, vendreis á mí, y os haré abandonar todo por Dios.» Le trazó luego la regla de vida que debia seguir para conciliar á un tiempo tres grandes deberes que parecian poco compatibles: por un lado, el cuidado de sus negocios temporales, de sus hijos y sus criados; por el otro, la práctica de la eminente piedad á que la veia llamada por la gracia; y entre estos dos deberes, el regular su devocion de tal modo que no fuera molesta para nadie, sino amable para todos (1).

La Señora de Chantal permaneció diez dias en el castillo de Sales, ocupada en recibir estas preciosas lecciones. «Y estos pocos dias, dice, fueron para mí años de bendicion; oyendo á mi santo director creia oír á Dios; y todas sus palabras pasaban de su boca á mi corazon como palabras de Dios; veia en efecto en él como un reflejo de la Divinidad; me parecia sentir á su lado como la impresion de la presencia de Dios, que vivia y hablaba en su siervo; y hubiera tenido á gran dicha dejar todo el mundo para ser en su casa la última de sus criadas, con el fin de alimentar mi alma con las palabras de vida que salian de su boca.» Tenia efectivamente en tanta veneracion los consejos del hombre de Dios, que los escribia al punto que los recibia, y aun á veces le rogaba los escribiera él mismo en un cuaderno destinado á recogerlos (2).

(1) Memorias de la Madre de Chaugy, p. 59.

(2) Memorias de la Madre, p. 59.